

A LA MEMORIA DE GUSTAVO E. URRUTIA (1881-1958)

Gustavo E. Urrutia nació en 1881, en el seno de una familia de negros libres. Estudió arquitectura y la ejerció hasta 1928. A partir de ese momento inició una prolífica carrera periodística que se destaca por la importancia que le concedió al análisis de la problemática social y cultural del negro en Cuba. Murió en 1958.

Puntos de vista del Nuevo Negro*

Conferencia pronunciada el 8 de julio de 1937 en el Centro de Estudios del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, La Habana, Cuba.

Gustavo E. Urrutia



La Habana, Cuba.

Estoy aquí con mis cuartillas en ristre, y no cabe más que una excusa, señoras y señores: la importancia del asunto, la urgente necesidad de llamar la atención acerca de los puntos de vista del Nuevo Negro dentro del cuadro general de la problemática cubana, en lo tocante a la complicada cuestión de nuestras relaciones interraciales. ¿Y qué lugar y oportunidad mejores para ello que los que tan bondadosamente me brindan el Centro de Estudios del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales y su auditorio, tan habituado a la disciplina mental?

Porque permítaseme anticipar también que el problema de nuestras relaciones interraciales, sobre el cual pesó por demasiado tiempo el tabú de la sensiblería pseudopatriótica, viene a esta eminente tribuna purgado de toda vibración apasionada. Viene reducido a un riguroso esquema intelectual, como cuadra a cualquiera de los problemas sociales objetos de estudio en el ilustrado Instituto que hoy me honra con su hospitalidad.

Bien es cierto que siempre lo he mantenido en ese plano intelectual, despojado de toda traza de resentimiento en la tribuna, en la prensa y en lo más íntimo de mi mente. Esto no es negar que la cuestión racista en sí misma está cuajada de imponderables emotivos, como todos los problemas sociales y como la mayoría de las relaciones humanas. Pero es que, a la vez, estas cuestiones raciales, que no suelen ser causa sino efecto, están subordinadas a una serie de imperativos remotos e inexorables que son producto del devenir histórico, en el pasado, y de la ley del progreso humano en su sucesivo desarrollo hacia el futuro. Imperativos que en definitiva rigen sobre la voluntad de los hombres y los pueblos; que van modificando las

causas y los efectos para ajustarlos a las condiciones objetivas de una actualidad en perenne evolución.

Para analizar fructuosamente en nuestro problema de razas esos imperativos, predominantes y sobrehumanos por su esencia fatalista, debemos desechar todos los elementos pasionales, que no son sino opacos y perturbadores, y asumir una actitud cabalmente intelectual, filosófica y técnica, asistida de las modernas ciencias sociales. Esta actitud desapasionada y reflexiva es, precisamente, la que el Nuevo Negro adopta para confrontar el problema de nuestras relaciones interraciales, y de ahí su serenidad de ánimo, su inmunidad espiritual a los puntazos de la negrofobia y las zalamerías de la negrofilia, su autonomía y beligerancia mentales. De ahí, por último, su visión optimista de un porvenir relativamente próximo en el que el problema racial deje de existir porque no tenga razón de ser; es decir, se trata de avisorar un porvenir en el cual el prejuicio racista sea tan absurdo en incompatible como lo sería hoy la esclavitud del negro para el régimen económico social vigente.

Pero antes de continuar convendrá que definamos concretamente qué es esto del “Nuevo Negro”, esta especie de *New Deal*.

El Nuevo Negro es el afrocubano —varón o hembra, joven o viejo— llegado al convencimiento de que el demoliberalismo vigente es inepto para corregir la subordinación y subestimación económico-sociales de la gente de color, que nos legara nuestra historia de colonia esclavista. Este régimen es incapaz de superar la dramática desventaja en que vive el proletariado y la clase media cubanos, a cuyos planos pertenece globalmente la raza de color.

El Nuevo Negro se ha librado del complejo de inferioridad impuesto sobre él por

la presión esclavista; pues si bien no persiste en pedir igualdad social y económica a título de su ingente contribución histórica —a la formación de Cuba y de la República—, en cambio ha adquirido un conocimiento tan cabal de esa honrosa aportación como para sentirse plenamente digno de tal equidad en el pasado, en el presente y en la magna obra que nos reserva el futuro a todos los cubanos progresistas. Conocimiento no sólo de lo que él mismo ha significado y significa para su patria, sino también de lo que representa el negro africano en el progreso histórico de Occidente y, desde la Gran Guerra, de lo que éste significa en el equilibrio internacional, la paz mundial y, por ende, la supervivencia de la civilización occidental.

El Nuevo Negro no es el que se atiene a las diversas definiciones que del hombre negro han dado los blancos amantes o enemigos de éste, sino el que empieza por definirse a sí mismo y tener una definición de los demás, como todo ser racional y culto.

El negro nuevo de Cuba es el afrocubano que estudia nuestro problema de razas con ojo clínico y mente filosófica, exento de un genuino racismo negro aunque sólo fuere como reflejo del racismo blanco y por reacción contra éste. Y espero poder explicar en esta exposición, como lo he explicado en la prensa, el motivo que tengo para creer que el negro de América, y singularmente el de Cuba, carece de móviles poderosos para sentirse racista.

El Nuevo Negro, en fin, es el afrocubano que ha dejado de reputar de hermano mayor a su conciudadano blanco; que mira al cubano blanco racista como a un hermano mediatizado y malévolo, sin rencor, pero con todas las reservas necesarias para contrarrestar su influencia nociva. Y que ama al blanco progresista y revolucionario —revolucionario en la más noble acepción del

vocablo— como a un hermano gemelo y a un compañero en la lucha por las reivindicaciones nacionales y humanas.

Este es el Nuevo Negro, el que ha salido ya de la desorientación en que sumió a su raza y al resto de las masas populares cubanas el fracaso de nuestras revoluciones, y que se ha orientado de nuevo al convencerse de que ni aun la genuina democracia liberal podría garantizar una justicia económica y social colectiva, por su esencia eminentemente individualista y plutocrática. Se ha orientado hacia la promoción de alguna forma de socialismo —de izquierda en la mayoría de los individuos— compatible con nuestra idiosincrasia y con la realidad de nuestras relaciones internacionales.

¿Está el Nuevo Negro envanecido por esto? ¿Nos habrá nacido en vez del Nuevo Negro el Nuevo Pedante? ¿Se cree dueño y señor de la única verdad? ¿Es un engendro de disolución o siquiera de perturbación pública? ¿Menosprecia al negro antiguo, a su coetáneo, a nuestro blanco de otros tiempos o al de esta hora? ¿Es intransigente, imperioso o rebelde?

No, por cierto. Se nutre de la historia y vive transido de auténtica humildad científica y filosófica. Sabe que su libertad civil y política la debe a imperativos de la evolución histórica de la economía y la política occidentales, y no a generosidades ni arrepentimientos; pero, con todo, justiprecia el mérito de los abolicionistas y la probidad fraternal del blanco genuinamente revolucionario (niega esta virtud a los pseudorevolucionarios de antes y de ahora). Reconoce el legado de la cultura blanca y de la cultura negra, y siente veneración por los esfuerzos que sus antepasados negros realizaron, en las más adversas circunstancias, para elevarlo al grado de ilustración y cultura que hoy disfruta. El Nuevo Negro sabe

que no es, en el fondo, sino el aspecto más reciente del espíritu noble, edificante, patriótico y fraternal del afrocubano de siempre. A la vez, comprende que él mismo no se halla actualmente sino en un período de reformatión mental y política.

Por eso solemos oírle pensar en alta voz; por eso solemos verle polémico; por lo mismo procura explicarse. Eso sí, está persuadido de que nuestros problemas nacionales —el racial inclusive— no pueden resolverlo el negro solo ni el blanco solo. A la vez que piensa y repasa sus ideas procura someterlas al criterio general, con el que al cabo tendrá que contar para la gran obra de superación colectiva, íntegramente cubana, en que está empeñado. A esa actitud suya se debe el que yo esté aquí esta noche procurando hacer la exégesis de su mentalidad, de sustanciar sus puntos de vista, presto a contestar cualquier pregunta que al final pudiera plantearse (si no es de gran erudición). Y a pesar de que no tiene el afrocubano fundamentos de estirpe foránea para sentirse racista, y si a despecho de que aspira a borrar toda discriminación racial empieza por ubicarse como negro, por crearse una autonomía mental específica, de grupo, ello no significa ningún lamentable lapsus de lógica o de táctica.

Semejante actitud obedece, por el contrario, al hecho de que en realidad el negro está racial y lesivamente diferenciado en lo económico y lo social. A que necesita, por modo indefectible, conocer a fondo y de propia conciencia su posición dentro de la problemática cubana, para formarse un criterio idóneo del modo de contribuir a resolverla y, dentro de ella, solucionar la cuestión específica de su postergación racial. Necesita confrontar ese criterio suyo con el de los blancos renovadores, y concertar ambos criterios para integrar uno solo filo-

sófico, ejecutivo y reivindicador. Más de una vez he dicho que, para llegar al indiferentismo racial donde existe discriminación, se precisa comenzar por concretar y definir esas diferencias a fin de poder eliminarlas. No se trata de borrar las diferencias biológicas, sino de hacerlas inocuas. Empero, este proceso de previa y transitoria conciencia racial sería una de las pruebas más difíciles para la delicadísima misión del Nuevo Negro, a no ser porque, de una parte, tiene éste muy a la vista las soluciones de justicia social que flotan en el ambiente del mundo; y de la otra parte, porque a la postre al negro es a quien menos convendría enviarse de racismo.

Al hacer el Nuevo Negro caudal de sus propios valores, para movilizarlos en pro de la comunidad, inicia este proceso de autoterminación espiritual definiéndose a sí mismo. Encontrando lo que significa para el mundo y para Cuba.

NOTAS

*- *Islas* publicará la segunda parte de esta conferencia en su próxima edición.